

Desafortunadamente no disponemos aún de un repertorio similar de las cartas escritas por doña Emilia. Así pues, para conocer sus juicios más reservados hemos de acudir a los comentarios que fijaba en sus misivas dirigidas a distintos corresponsales de los que formaban parte de la red de sus relaciones amistosas y profesionales. Así por ejemplo, en una carta de 8-VII-1882 la dama gallega no disimula ante el joven Menéndez Pelayo su opinión sobre el sentido de la novela *Pepita Jiménez* y sobre la calidad lírica de los versos del autor de la novela:

¡ (...) Y cómo pone Vd. a salvo a Valera, y cómo se trasluce, sin embargo, que no piensa Vd. lo que dice, y que está Vd. convencido de que *Pepita Jiménez* contiene más sutil ponzoña que *León Roch* o *Gloria*!

Valera poeta (¿?). He adquirido sus poesías y las he mandado al campo (adonde iré pronto) con otros muchos libros... es un buen versificador, correcto y helado como un mármol, a lo que juzgar puedo de dos o tres piezas de la colección que repasé... No debe salir de la prosa. Sus versos enfrían, y lo que es peor...¿por qué no escribirlo, si es verdad? Dan sueño<sup>17</sup>.

Otros comentarios epistolares leemos en alguna otra carta, como en la que escribe al conde de las Navas en 1921 y en la que se refiere al proyectado monumento al egabrense que se habría de erigir en Madrid<sup>18</sup>. Recuérdese que ella fue la organizadora del homenaje que tributó el Ateneo madrileño al autor de *Pepita Jiménez* y, según una tradición oral, que solía leer en voz alta al escritor invidente en el curso de las visitas que ella le hacía.

Por supuesto que las páginas de crítica literaria de los dos escritores dan la vertiente pública de las relaciones habidas entre ambos, relaciones de respeto intelectual y simpatía personal que fueron acrecentándose con los años. Carmen Bravo Villasante, biógrafa de ambos, ha escrito a este propósito que «la simpatía existente entre Valera y la Pardo Bazán tenía un fundamento más profundo, superior a las afinidades ideológicas. Ambos tenían una visión gozosa del mundo, un convencimiento de la grandeza humana, un panfilismo generoso y una generosidad cordial»<sup>19</sup>.

Las cartas de Valera nos dan una amplia versión del proceso estimativo que el andaluz experimentó en relación a la Pardo Bazán. De

<sup>17</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, ed. de M. Revuelta Sañudo, Madrid, F.U.E., 1982-1991, 23 vols.. *El texto de Pardo Bazán en la ed. citada de La cuestión palpitante*, p. 317.

<sup>18</sup> Carta reproducida en Pilar Faus, *ob. cit.* nota 30 de p. 346.

<sup>19</sup> Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, *Novelas y Cuentos*, 1973, 256.

las hoy conocidas, la primera en la que habla de ella es en una de 8-IV-1883 dirigida a Narciso Campillo y en la que se refiere a uno de los comentarios que sobre su persona había hecho la escritora gallega en *La cuestión palpitante*:

Doña Emilia Pardo Bazán me han dicho que dice, en su último artículo sobre el *realismo*, una tontería acerca de mí que me ha cargado bastante, y por la que infiero que esta *realista* no tiene el sentido de lo *real*, como a casi todos los que presumen de realistas sucede. A propósito de que yo me quejo, no sé en qué artículo, de haber ganado poco con mis novelas, sale con el chiste de que por eso soy ministro plenipotenciario, para ganar más. En lo cual, en cierto modo, se equivoca de medio a medio<sup>20</sup>.

Pocos días más tarde, el 22 del mismo mes, explica a Manuel Cañete su reacción inmediata a las propuestas de la gallega:

La *Poética* de Campoamor y los artículos sobre *realismo* de doña Emilia Pardo Bazán me escarabajean en la mollera y me producen comezón y prurito de lanzarme a la palestra a defender las sanas doctrinas y a fustigar duramente tan bárbaras y peligrosas novedades<sup>21</sup>.

Pero, a pesar de este propósito y de lo que sugiere este texto —que Valera estaba siguiendo en *La Época* los artículos que estaba publicando doña Emilia—, no se engolfó en la controversia hasta pasados algunos años, después de leer el ensayo pardobazaniano traducido al francés por Albert Savine y publicado en París bajo el título de *Le naturalisme* (1886). «Su lectura me ha excitado» comunica a Menéndez Pelayo el dos agosto de ese año y, al día siguiente, a su fiel Greindl le comenta que, en España, hay una señora gallega «que escribe mucho y no puede negarse que tiene notable talento». Su propósito confesado es exclusivamente discutir los errores de juicio de la novelista: «Yo no pienso, ni debo, ni quiero tratar mal a dicha señora, Mi propósito es trabajar, y en esto es menester que me ayuden los amigos, para ver cómo sacudimos el yugo literario francés» expone a Narciso Campillo (20-X-1886). Y, puesto ya a la tarea, admite que se está divirtiendo mucho

<sup>20</sup> Juan Valera, Correspondencia. 1876-1883. ed. L. Romero Tobar, A. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, 2004, III, p. 500. El autor de la carta alude a este juicio que puede leerse en *La cuestión palpitante*: «Valera declara que su Pepita Jiménez —su perla— habrá valido unos ocho mil reales. ¡De suerte que no asciende a mil duros al año lo que el ingenio novelesco de Valera puede reportar! Casi comprendo que prefiera la embajada» (cito por la edición de González Herrán, p. 317).

<sup>21</sup> Valera, ed. cit., p. 507.

con la escritura de sus artículos: «yo me deleito escribiéndolos. Yo, como escritor soy tan candoroso, que me río las gracias o las creo tales, y me maravillo y hasta me doy por vencido de la fuerza de mis argumentos. Me sucede como a don Quijote cuando rompió con su propia espada la celada de papelón que acababa de hacer; me quedo contentísimo de la fuerza de mi brazo que la ha roto» escribía a Greindl (26-X-1886).

Valera no exhibía los violentos prejuicios antifeministas que manifiestan otros corresponsales suyos, por ejemplo Menéndez Pelayo<sup>22</sup> Lo que nos dicen sus cartas es que ambos debían de mantener alguna relación amistosa antes de que se iniciase la publicación de los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, que el egabrense estimaba en mucho el talento de la escritora y que sus diferencias estéticas se sustentaban en la desconfianza que él sostenía frente a la dominante cultura francesa contemporánea, símbolo para él de la simulación que de lo bueno fabrica la mediocridad. «Doña Emilia Pardo Bazán –escribe a Menéndez Pelayo el 20-XI-1886- me ha escrito una carta muy amable diciendo que tal vez me conteste. Aunque lo haga y esto me lisonjee, no replicaré, pues mi intención no fue nunca armar polémica o controversia, sino ir contra la extravagancia estética de Zola».

Prescindo, pues, de las observaciones que leemos en las cartas de Valera sobre puntos de teoría y crítica literaria –las más abundantes están expresadas en las misivas que enviaba al joven sabio santanderino– que es cuestión harto conocida. Me limitaré, pues, a subrayar telegráficamente las anotaciones personales en que se destacan aspectos de la relación personal de los dos escritores que aquí nos interesan.

Estas noticias menudean a partir de la instalación de don Juan en Bruselas, lugar al que se desplazaron su mujer y sus hijos y desde donde mantenía, además, una comunicación mucho más cercana con su hermana Sofía. A Sofía, precisamente, le escribe el 10-I-1877 para indicarle que «hacia el 20 de este mes va a París una literata española algo extravagante, pero de talento, a quien casi he prometido verla en

<sup>22</sup> *Afirmaba el santanderino, al valorar los «Apuntes autobiográficos» de la autora de Los Pazos de Ulloa, que le parecía increíble «y es para mí muestra patente de la inferioridad intelectual de las mujeres (bien compensadas por otras excelencias) el que teniendo doña Emilia condiciones de estilo y tanta aptitud para estudiar y comprender las cosas, tenga al mismo tiempo un gusto tan rematado y una total ausencia de tacto y discernimiento» (en carta de 14-XI-18876 dirigida a Valera).*

París. Es gallega y se llama doña Emilia Pardo Bazán. Ha escrito mucho. Ella, por espíritu de contradicción, es quien me mueve a escribir contra el naturalismo, como estoy escribiendo».

Pocos días después anuncia que el viaje parisino que había prometido no podrá realizarse: «Acabo de recibir tu carta de ayer y la tarjeta postal de doña Emilia Pardo Bazán. Como no tengo dinero, ni salud, ni humor, me parece que desistiré de ir a París. Ya escribiré a doña Emilia disculpándome de no verla»<sup>23</sup>. Y tres días más tarde lo corrobora: «Ya escribí a doña Emilia, disculpándome de no poder ir. Supongo que ella se quedará en París algún tiempo, de suerte que si voy o a fin de febrero o a principios de abril, aún podré verla ahí. Entretanto me parece bien que la veas y la obsequies en algo, si puedes. Debe [de] tener, a lo que yo recuerdo, una facha algo extravagante; pero, en lo esencial, es señora muy *comm'il faut*, de la primera aristocracia de Galicia; una señora de provincia, que casi siempre vive en provincia, o en su quinta (o château) donde deben hacerle mucho caso, como es natural. En suma, doña Emilia ha de ser personaje raro, pero muy tratable y decente. Su talento de escritora es innegable y nada común. Ahí se hará ella la amabilísima con toda la literatura y la periodistiquería, porque es muy ambiciosa de fama; pero, en el fondo, ha de preferir la sociedad elegante»<sup>24</sup>.

Los artículos escritos por Valera para su confrontación estética con las tesis naturalistas de la Pardo debieron de estimular su estro polemizador puesto que tres meses justos después de haber concluido la publicación de la serie sobre el naturalismo en la *Revista de España* enviaba a la misma publicación otro estudio crítico «Con motivo de las novelas rusas» de las que se estaba ocupando su amiga<sup>25</sup>. Su confidente para este amago de polémica fue el inevitable Menéndez Pelayo, al que comunicaba, también desde Bruselas: «La Pardo Bazán me envió su libro. Me maravilla la alabanza que da a la literatura rusa a expensas de toda la Europa occidental, que considera casi intelectualmente agotada y muerta. Aunque sea poniendo por las nubes a doña Emilia, no sé resistir a la tentación de impugnar algunas de sus ideas y lo estoy haciendo»<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> Carta a Sofía (23-I-1887).

<sup>24</sup> Carta a Sofía 826-I-1887).

<sup>25</sup> Este estudio lo presentó bajo la forma epistolar y lo subtitó «Carta a la señora doña Emilia Pardo Bazán» (*Revista de España*, 10-VII-1887).

<sup>26</sup> Carta a Menéndez Pelayo (11-VII-1887).